

Ronald Aronson, *Camus & Sartre (The Story of a Friendship and the Quarrel that Ended it)*, Chicago, The University of Chicago Press, 2004, 291 pp.

Pocas historias personales retratan y reflejan tan bien un determinado periodo de la historia del siglo XX como la de la amistad y el rompimiento de la misma entre Albert Camus y Jean-Paul Sartre. El autor del libro que aquí reseñamos, Ronald Aronson, lo sabe, y seguramente ésa fue una de las razones por las que se decidió a realizar una exhaustiva investigación sobre el tema, la cual nos permite adentrarnos detenidamente, por primera vez, en los meandros de dicha amistad y dicha ruptura. Lo que estaba en juego, como afirma el autor en las primeras páginas de su libro, era mucho más que una relación personal: “Sartre and Camus articulated the half-rights and half-wrongs, the half-truths and half-lies of what became the tragedy of the Left –not only in France but across the world– for at least the next generation” (p. 5). Contrariamente a lo que podía esperarse de un libro dedicado a este tema, el de Aronson no se centra únicamente en la polémica desatada en mayo de 1952, cuando Francis Jeanson publicó en *Les Temps Modernes* (revista de la cual Sartre era director) una durísima reseña en contra de *L’homme révolté* (*El hombre rebelde*), el único libro de índole filosófico-política que Camus escribió en toda su vida. Aronson abarca bastante más: desde el inicio de la relación personal entre Camus y Sartre (1943) hasta la muerte de aquél (1960). Estamos pues frente a 17 años de la historia de Occidente, desde la etapa final de la Segunda Guerra Mundial hasta poco antes de la llamada “crisis de los misiles”; es decir, la eclosión y, en cierto sentido, el apogeo de la Guerra Fría (recordemos que Stalin murió en 1953).

Aronson no sólo no se limitó a la célebre polémica, sino que parece haber leído todo lo que los dos protagonistas de su libro escribieron durante los más de tres lustros comprendidos en su investigación. Ello se desprende de una de las premisas básicas de su libro: la fuente principal para entender la historia de la amistad entre Camus y Sartre está en sus escritos: “Although many other sources help narrate the Camus-Sartre biography, it is through their writings that two of the twentieth century’s greatest intellectuals tell their story” (p. 8). Si a lo anterior se añade la inteligencia del autor, su minuciosidad en la utilización de fuentes y una redacción cuidada y fluida, el resultado es un texto sumamente recomendable. Ahora bien, debemos decir que, por lo menos en lo que se refiere a la polémica en concreto, este libro no parece aportar nada realmente nuevo. Nada que, en el caso de Camus por lo menos, no hubieran adelantado autores como Roger Grenier y Olivier Todd.<sup>1</sup> Sin embargo, hay un aspecto impor-

<sup>1</sup> Pienso, en particular, en *Albert Camus: soleil et ombre* de Grenier (Gallimard, 1992) y en

tante de Camus en el que, hasta donde sabemos, no se había reparado: la estrecha vinculación entre *toda* su obra y la de Sartre. Una vinculación que se inicia en 1938 (con las páginas que dedica un joven Camus a *La náusea* en la sección cultural de un pequeño diario argelino de izquierda), y que, en contra de lo que cabría pensar, continuará después del rompimiento (como lo prueba, de manera fehaciente, el libro que algunos críticos, entre ellos el propio Sartre, consideran la obra maestra de Camus: *La caída*).

*Camus & Sartre* muestra que Camus nunca perdió de vista a su antiguo amigo, pero muestra también, y exactamente en la misma medida, que Sartre tampoco perdió de vista a su joven colega. De hecho, creemos que una de las claves de las expresiones del viejo Sartre demeritando a Camus de diversas maneras (véase, entre otras, pp. 56, 228-229), es esta incapacidad del más grande filósofo francés del siglo XX por quitarse de encima la sombra de alguien más joven, menos brillante intelectualmente y, desde la perspectiva del Sartre posterior a 1950, menos "comprometido", pero que siempre estuvo rodeado de una reputación de integridad intelectual que evidentemente perturbaba al decano de esta relación (una reputación que, por lo demás, la trágica muerte de Camus no hizo sino magnificar).<sup>2</sup> Más allá de esta cuestión, late, sin embargo, lo que Aronson reconoce como el *leitmotiv* de su libro: la preocupación de Camus por mantener las manos limpias con respecto a la violencia, y la conciencia, por parte de Sartre, de la necesidad de ensuciar las suyas ante una violencia que terminó por considerar inevitable y, en esa medida, una especie de obligación (p. 218).

Para alguien como Camus, quien, como escribe Aronson, juzgaba la historia desde una perspectiva fundamentalmente moral, todo el discurso sartreano sobre el compromiso era, simple y sencillamente, inaceptable. La razón de este rechazo es que el *engagement* de Sartre implicaba necesariamente una subordinación de la libertad individual y social a un devenir histórico supuestamente ineluctable. Detrás de la violencia (o no violencia) se esconden, efectivamente, todos los grandes desacuerdos entre ambos pensadores y, sobre todo, el que decidió la ruptura: la valoración

---

la excelente biografía de Todd: *Camus, une vie* (Gallimard, 1996). Una de las contadas críticas que se le pueden hacer a esta biografía tiene que ver con el tema central del libro aquí reseñado: Todd insiste demasiado en otorgarle la razón a Camus, de manera explícita, en cada uno de sus desencuentros con Sartre. Los documentos y testimonios existentes son, en nuestra opinión, suficientemente elocuentes en la mayoría de los casos como para justificar esta insistencia.

<sup>2</sup> Como lo muestra profusamente Aronson (pp. 66-67, 79, 90, 108, 197, 227-228), Simone de Beauvoir tuvo también un papel importante, si bien de comparsa, en este proceso de denigración de un Camus que, a finales de la década de los cuarenta, era admirado abiertamente, como hombre y como intelectual, tanto por Sartre como por Beauvoir.

de cada uno sobre el comunismo. Sin embargo, esta manera de plantear las cosas es, quizás, demasiado simple, pues detrás de este comunismo están las “cuestiones de fondo”, que nos llevan de un plano básicamente político a uno mucho más amplio: la cuestión de los medios/fines en la historia y la de la revolución. En el caso de Camus, ambas desembocan en la imposibilidad de justificar la violencia política; en última instancia, todos estos elementos convergen en el tema central de su libro, la rebelión, tal como él la entendía.<sup>3</sup>

A partir de la publicación de *El hombre rebelde*, el comunismo será, para Camus, el enemigo a vencer. Es también a partir de esa fecha (1951) cuando el comunismo soviético se convierte para Sartre en un dios que venerar; de hecho, como escribe Aronson en la p. 172, la violencia con que Sartre atacó a Camus, así como su silencio sobre las injusticias y los crímenes cometidos por el comunismo durante este periodo, se desprenden de esta “conversión”.<sup>4</sup> Sobre estos temas en particular, como reconoce Aronson (p. 151), ni Sartre ni Jeanson proporcionaron una respuesta al reto lanzado por Camus en *El hombre rebelde*: ¿en qué punto la violencia revolucionaria se convierte en un arma de destrucción y de deshumanización, en lugar de ser un instrumento emancipador?<sup>5</sup>

Sin embargo, es importante señalar que la razón que Camus siempre adujo respecto de su rompimiento con Sartre no tenía como fundamento

<sup>3</sup> Conviene apuntar un aspecto que ha sido señalado por más de un traductor, pero que, llegados a este punto, no está de más referir: la palabra *révolté* tiene connotaciones en francés que no contiene el término *rebelde* en español o el vocablo *rebel* en inglés (de hecho, Aronson decide referirse al libro de Camus como *Man in Revolt*, a pesar de que ninguna de las traducciones a la lengua inglesa del libro ha recibido nunca ese título; al respecto, véase la p. 116). *Révolté* no es solamente la persona que se opone, de una u otra manera, al orden establecido, sino también la que está llena de indignación, de disgusto visceral, con respecto a una determinada situación.

<sup>4</sup> Como botones de muestra de la ortodoxia sartreana de aquellos años, véanse el artículo de Sartre citado por Aronson en la p. 128 y su relato de lo que Sartre decidió hacer con su pieza teatral *Las manos sucias* a finales de 1951 (p.167). No obstante, la veneración mencionada se transformaría sustancialmente un lustro después, a raíz de lo sucedido en Hungría en 1956. El rompimiento de Sartre con el comunismo llevaría a lo que Aronson considera, en el plano intelectual, “an astonishing series of works” (p. 203). En términos vitales, a partir de entonces, escribe el autor en esa misma página, “Sartre remained intransigent toward the established order until his death [1980]”.

<sup>5</sup> La evaluación que hace Aronson del libro es, a fin de cuentas, muy positiva: “it still remains one of the most original and probing efforts to understand how the great modern impulse to freedom produced totalitarian societies” (p. 123). El mejor texto sobre el significado de *El hombre rebelde* es un breve escrito que el propio Camus redactara como réplica a las críticas de Jeanson y de Sartre, pero que nunca publicó. Su título es “Defensa del hombre rebelde”; existe una excelente traducción al español de Antonio Zirión (*Thesis, Nueva Revista de Filosofía y Letras*, año II, núm. 5, abril de 1980, pp. 4-10).

sus diferencias intelectuales o ideológicas. De hecho, desde que se empezó a etiquetar a ambos autores como "existencialistas" en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, Camus insistió en sus desacuerdos radicales con el existencialismo y ello no provocó un rompimiento. La causa que decidió, para Camus, la ruptura con su amigo fue lo que él consideró, hasta el final de su vida, una actitud desleal por parte de Sartre. No sólo por haber permitido que en su revista se publicara un ataque que, en gran medida, era un ataque *ad hominem*, sino también porque el propio Sartre hizo este tipo de ataque en su respuesta a la réplica de Camus a la reseña de Jeanson.

A partir de *El hombre rebelde*, las posiciones de Camus y de Sartre diferirían una y otra vez acerca de muchos acontecimientos, sobre todo europeos, pero no solamente, pues a partir de 1954 la "cuestión argelina" llenaría la vida pública francesa (además, como es sabido, Sartre se convirtió paulatinamente en un defensor de las causas tercermundistas en general). Como era de esperarse, nuestros dos personajes no se quedaron al margen de lo que estaba sucediendo en Argelia (en el caso de Camus se trataba, por lo demás, de un asunto de "sobrevivencia"). Aronson, como muchos otros autores antes que él, es muy crítico con la postura adoptada por Camus en relación con el problema argelino.

De la misma manera que critica duramente el "revolucionarismo" sartreano en capítulos anteriores, Aronson dedica varias páginas del capítulo final a criticar la posición de Camus ante el colonialismo francés en lo que era su tierra natal.<sup>6</sup> En este caso concreto, afirma Aronson, el autor de *El extranjero* pretendió ignorar los privilegios de que gozaba la minoría francesa, así como la violencia que, de mil maneras distintas, ejercía sobre la población autóctona (p. 219). Cabe añadir que el hecho de que Camus y su familia hayan pertenecido al estrato más pobre de ese grupo privilegiado, no lo exime de cierta "complicidad" con el sistema colonial (como tampoco lo hace el silencio absoluto que guardó sobre la cuestión a partir de cierto momento). Esta incapacidad de Camus es parte de la ceguera ideológica que Aronson, esta vez de manera bastante más original, le atribuye en otra parte del libro (p.122), donde le reprocha acremente su incapacidad para criticar el "asesinato racional", el cual era cometido no sólo por los comunistas (como parecía pensar Camus), sino también por capitalistas, demócratas, colonialistas e imperialistas. La conclusión a la que llega el autor acerca de la ceguera de Sartre con respecto a la revolución y los

<sup>6</sup> A lo largo de su libro, Aronson cumple lo prometido en su prólogo (p. 7), en el sentido de que contará la historia de la relación Camus-Sartre no solamente de manera integral, sino también "without taking sides". Lo mismo se puede decir de las páginas que Bernard-Henri Lévy dedica a dicha relación en *Le siècle de Sartre: enquête philosophique* (Grasset, 2000).

revolucionarios no es menos severa: "In the name of serving the oppressed, Sartre accepted oppression" (p. 225).

En el epílogo, Aronson afirma que si bien la problemática ideológico-política que separó a Camus y a Sartre ha sido decidida por la historia, las cuestiones de fondo que llevaron a dicha separación siguen con nosotros. Así es. Por lo mismo, terminar, como lo hace Aronson, apelando a un intelectual que sea una mezcla de los dos protagonistas de su libro, no nos parece una manera adecuada de concluir un texto que, por lo demás, nos parece de excelente factura. Dicho final se explica, en parte, por la renuencia del autor a caer, en este mundo postmuro de Berlín, en la trillada "resolución" de la polémica Camus-Sartre mediante el decreto del triunfo *ex post* del primero.<sup>7</sup>

Desde el momento mismo en que las cuestiones de fondo que separaron a Camus y a Sartre siguen con nosotros, decidir que Camus tenía la razón parece no tener mucho sentido. Si *El hombre rebelde*, más allá de algunas debilidades teóricas y de ciertos excesos retóricos, proporciona razonamientos válidos en contra de cualquier sistema de pensamiento que pretenda subordinar los valores humanos a la Historia, vale la pena preguntarse qué es lo que decidió la caída del muro. Al respecto, hace más de diez años escribí: "[si viviera todavía], Camus hubiera reprobado la ola de complacencia que inundó al medio intelectual de las democracias liberales después de la caída del comunismo. Su renuencia a elogiar cualquier ideología, su escepticismo frente a los 'logros' de un capitalismo sin límites y la conciencia de los efectos denigrantes que éste tiene sobre los valores morales y sociales, lo hubieran llevado a tomar una posición bastante más crítica y cautelosa que la adoptada por no pocos 'estudiosos' de la realidad actual".<sup>8</sup>

Volviendo a las páginas finales de Aronson, ¿cabe imaginar "someone speaking the truth *at all times*, and opposing oppression *everywhere*, uniting each man's characteristic power of insight under a single moral standard"?

<sup>7</sup> La celebración de esta supuesta victoria de Camus llegó a su climax durante el periodo que siguió a la publicación de *Le premier homme*, la novela que Camus estaba escribiendo cuando sufrió el accidente automovilístico en el que perdió la vida. Publicado en 1994, este breve (por inconcluso) y cautivador escrito autobiográfico se convirtió en uno de los libros más vendidos del año. Entre otros muchos ejemplos, véase *Le Nouvel Observateur*, núm. 1544, junio de 1994, pp. 4-13 (número titulado: "Le triomphe de Camus"; el título del *dossier* es, si cabe, aún más elocuente: "La revanche d'Albert Camus"). Enseguida expresamos dentro del texto nuestras reservas frente a esta celebración; demasiado apresurada y, en cierto sentido, tremendamente ingenua.

<sup>8</sup> "Actualidad de Albert Camus: a 43 años de *El hombre rebelde*" (*Etcétera*, junio de 1994), p. 30.

¿Es cierto acaso que un intelectual con estas características “would illuminate today’s systemic violence while accepting the challenge of mounting an effective struggle against it without creating new evils”? ¿No es esto, en el fondo, un regreso al “intelectual comprometido” de Sartre?<sup>9</sup> ¿Estaría de acuerdo Camus con que los intelectuales contemporáneos deben asumir el papel que Aronson propone? Es cierto que este autor hace este planteamiento como una especie de pauta (*yardstick*) para evaluar a los intelectuales, sin embargo, este “tipo ideal” del intelectual del siglo XXI está, si lo pensamos con detenimiento, bastante lejos del idealismo que Sartre criticara burlescamente a su antiguo amigo en más de una ocasión. Un idealismo que, en última instancia, constituía no sólo una de las cualidades más atractivas de Camus, sino también uno de los elementos más sólidos de su obra y de su pensamiento.

ROBERTO BREÑA

<sup>9</sup> Por cierto, la mejor definición, no explícita, del intelectual comprometido, la da el propio Sartre en la cita que hace Aronson en la p. 57.